









DG

A

t. 145048

C. 1183104

RECUERDOS DE CATALUÑA.

NOTAS Y APUNTES DE VIAJE

POR

BENITO ZURITA NIETO

CON UN PRÓLOGO

DE

D. AURELIANO GARCÍA BARRASA

DIRECTOR DE

LA CRÓNICA MERCANTIL.



VALLADOLID.

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de los Hijos de Rodriguez,
LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1889.



R.110263

A mi querido amigo D. Eugenio
Sa; El autor

Á MI DISTINGUIDO Y RESPETABLE AMIGO
SR. D. FRANCISCO DE P. PLANAS Y FONT,
PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD «JULIAN ROMEA,»

Secretario general de la Universidad de Barcelona, etc., etc.

*Acoja Vd., mi querido amigo, este humilde
trabajo, que, como prueba de amistad y respeto,
le ofrece*

EL AUTOR.

Valladolid 1.º de Agosto de 1889.

PRÓLOGO.

Más que prólogo al trabajo realizado por nuestro compañero de Redacción D. Benito Zurita Nieto, será una presentación en regla que haga para que los habituales lectores de LA CRÓNICA conozcan á quien ha dado á luz artículos repassados con singular complacencia y recibidos con agrado por el público.

El Sr. Zurita, joven y encariñado con la prensa periódica, dedica los ratos que le dejan sus estudios á reseñar lo que preocupa á la imaginación que no quiere estar ociosa; y en la reseña del viaje que hizo á la capital del Principado de Cataluña, revela la cualidad recomendable que supone el consignar sus observaciones para que saquen provecho y utilidad aquellos que imitan lo bueno y desdeñan el mal ejemplo que presenten determinadas regiones.

Efectivamente, se señala una imborrable línea divisoria entre Aragón y Cataluña evidentemente perceptible aún para aquellos que hacen el viáje en el tren; la estación que señala los límites entre ambas partes de la Península ofrece tipos

característicos que marcan la diferencia peculiar entre los naturales de ellas; los que corresponden á la primera señalan su alegoría y obsequian al viajero con la animada jota rasgueada en la guitarra y acompañada por expresivos cantares; los que nacieron en la segunda dan á la gravedad y á la fría observación lo que no conceden á esas manifestaciones que conceptúan de frívolas para preocupar á los que en el negocio buscan el bienestar material que recompensa á la laboriosidad bien dirigida.

Las llanuras de Lérida dan testimonio de la iniciativa catalana y de los adelantos que ofrecen en agricultura; bien labradas las tierras y esmero en la plantación de frutales y viñas, demuestran que la explotación de los terrenos constituye una preocupación que ocupa miles de brazos, y hasta llegar á Barcelona hay ocasión de admirar el atrevimiento y la especulación observando que la vid se dá con resultados puesto que los caldos del país tienen preferente salida en los mercados nacionales y extranjeros.

En tan pintoresco camino encuéntrase el monasterio de Monserrat, célebre por la devoción que á la imagen tienen los catalanes, y también por las maravillas que la naturaleza ofrece al que ocupa por breves días el alojamiento que ofrece la comunidad á los fieles y curiosos.

El autor del folleto reseña cuanto vió y ofrece una guía á los que quieran utilizar el aviso que dá; guía que es de interés para cuantos por primera vez recorran una región que en la honradcz y el trabajo fia el progreso que ha realizado.

Pero, la nota culminante que resalta en las páginas que siguen, es lo que supone la riqueza fabril que utiliza la ciencia en primer término, pidiendo á la mecánica su poderoso concurso y el apoyo de inteligentes brazos auxiliares que se ilustran, gracias á ciertas aficiones que nada tienen de común con las que se desarrollan en la taberna y en otros sitios en donde los jornaleros de la mayor parte de España malgastan en una hora de crápula lo que era fruto de seis días de ocupación.

Nuestro compañero, aplaudiendo lo que ha encontrado digno de esta distinción, no se olvida de presentar los lunares que se señalan por las huelgas, lucha constante entre el capital y el trabajo, extendiéndose en consideraciones oportunas que de generalizarse borrarían las tristes huellas que dejan los paros, como les llaman los afiliados á cierta sociedad más generalizada y extendida de lo que conviene.

Pero á pesar de tales inconvenientes hay que reconocer que la industria fabril ha llegado á acumular riquezas permanentes y positivas en localidades tan importantes como Monistrol, Tarrasa, Sabadell, etc.; pueblos que rinden culto á los adelantos y solemnizan los días memorables sin entregarse á censurables expansiones.

La capital encuentra un gran espacio para la descripción; sus animadas calles; su activo comercio; su espacioso y dilatado puerto; las ramblas; la plaza de España; el ensanche; el ferrocarril de Tarragona que pasa por un túnel para no contrariar el tránsito en calles principales; la

Universidad; los teatros y el parque, digno de mención por su suntuosidad, etc., etc.; todo encuentra cabida en el folleto y dá idea de lo que es Barcelona, la ciudad de la actividad y del progreso bien entendido que ha demostrado lo que vale y puede, organizando una exposición universal que no desdijo de manifestaciones análogas llevadas á cabo en el extranjero.

Esta ligera indicación quizás contribuya á que algún perezoso lector hojee lo que viene despues, escrito en estilo sencillo al par que elegante, y de ello nos congratularemos porque merece la aplicación y el acierto del Sr. Zurita el que se le otorgue tal distinción.

Aureliano García Barrasa.

A BARCELONA.

I.

Entrada en Cataluña.—Algo sobre el carácter catalán.—*Manresa.*—*El rio Llobregat.*—*Monserrat á lo lejos.*—Superstición catalana.

Si alguna vez te encaminas á Barcelona, por la línea de Zaragoza,—y Dios quiera, lector amigo, que tal cosa hagas;—no necesitas de *cicerone* alguno que te indique cuándo entras en Cataluña.

Después de haber visto, al paso por las estaciones de Aragón, al sencillo y franco aragonés, enseñando robusta pantorrilla oculta por la azul media, y mostrando el pié aprisionado por las anchas cintas de la abierta alpargata; su cabeza, rodeada del pañuelo de yerbas á modo de turbante y su airosa chaqueta corta y calzón de pana, hallándose entre aquella y éste la ancha y morada faja; verás á la llegada á Raymat al catalán con mezcla de aragonés; la barretina

haciendo contraste con el calzón, mezcla que trasciende al lenguaje y al acento, amalgama de la que resulta tal algarabía, que yo dudo de que ellos mismos se entiendan.

Este es el remate de Cataluña por la parte de Aragón. El verdadero catalán aparece, después de pasada Lérida, y ya, hasta el terreno varía; al dilatado y extenso llano sustituye la montaña, y á los páramos, las verdosas cimas cubiertas de vides que les regalan á sus dueños con dulce y sabroso vino.

Aquí, ya, la barretina, no hace contraste con el calzón, al que sustituye largo y campanudo pantalón de pana, y no se oye aquella gerga enrevesada, con visos de lenguaje, y se escucha la sentimental y dulce despedida, de algún padre que le dice á su hijo:

—*Adeu noy que ports bon viache.*

Porque el dialecto catalán es dulce como el carácter de los catalanes, y no atino á comprender cómo hay quien le califique de brusco y esquivo; solo lo concibo por el desconocimiento que de esta región tenemos los españoles todos; pues todos hemos mirado como de reojo á los catalanes, sin duda por su afán á desprender su territorio de nuestra nacionalidad.

Yo, de mí, sé decir; que el catalán tiene el genio emprendedor y activo del inglés, y su carácter es el español, modificado un tanto por la influencia que sobre ellos ejerce la vecina Francia.

Ello es que ya estamos en Cataluña; ya el tren sube, y sube de prisa que hay mucho que

subir; ya se ve arriba, muy arriba una alta cuesta, y abajo, muy abajo la cima de otra cuesta aún más alta.

Y la férrea serpiente entra en un túnel *cual si entrase un reptil en su agujero*, que dijo Cam-poamor.

Apenas comienzan los túneles el paisaje varía; ya, solo á trechos se ven las vides que en correcta formación trepan por la montaña cual ejército granadero que quisiera ganarla prontamente.

El tren corre y se desliza por estrechos callejones, labrados á pico en el corazón de la montaña; y para ver el hermoso y azulado cielo es preciso sacar la cabeza por la ventanilla, viéndose el azul dosel como si se le mirase por el estrecho cañon de una escopeta.

Al callejón sucede el túnel y á este el callejón, y en este círculo vicioso, apenas interrumpido por una estrecha cañada, se camina largo tiempo.

Ya los compañeros de viaje son casi todos desconocidos y el castellano camina como por país extraño.

El castellano, que tantos elogios mereció de d'Alembert, es fruta prohibida, y solo se oye en el wagón el dialecto catalán de *ll* llena y *j* fuerte.

Rara vez hablan el castellano, los catalanes, eso que ya le he oído hablar á familias aristocráticas, y como una novedad ó como para distinguirse de la *plebe*.

El tren ha recorrido ya 150 kilómetros por Cataluña y llegamos á Manresa, célebre por sus tortillas, y á la verdad que es digna de semejante fama.

En Manresa se ve por primera vez el rio Llobregat, que es á Cataluña lo que la savia á las flores y la sangre á los seres orgánicos.

El Llobregat, caudaloso á veces, aparece estenuado otras, porque le retienen el agua las fábricas que alimenta, y es la riqueza mayor de Cataluña. hasta el punto de asegurarme un catalán que cada gota de agua producía 25 pesetas al día. Respetemos la pasión y pasemos la hipóbole.

El agua de este rio, despues de haber sido puesta en ebullición en la caldera de vapor, mueve los volantes de las fábricas, los volantes á las ruedas, produciéndose aquel monótono y acompasado ruido, sinfonía rítmica que canta la unión de los hilos del algodón ó la lana cuando se cruzan y entretejen.....

A la derecha y lejos del camino se ve el aspecto fantástico de una alta cuesta, erizada de múltiples agujas que miran al cielo.

La montaña, con su color plomizo oscuro, sus agujas, altura y extensión, parece una decoración mágica que representar quisiera las orillas del Rhin.

—¿Qué montaña es esa?—le pregunté á un compañero de viaje.

—Montserrat. Y de ella dicen que el marido que se casa en Cataluña y no la visite es desgraciado.

Llenéme de curiosidad, temí sobre mi cabeza cualquier desgracia por si los ojos irresistibles de alguna catalana me hacian ir con ella al altar y quise visitarla; así, le pregunté á mi amable compañero:

—¿La ha visitado Vd?

—Soy catalán, casado y dichoso.

—¿Y qué tal se hace el viaje?

—Perfectamente. Tiene Vd. que apearse en Monistrol, y allí puede Vd. tomar asiento en uno de los muchos coches que hacen sus viajes á la cuesta.

II.

Monistrol.—Ascensión á Monserrat.—El viaje.—El monasterio.—La Virgen de Monserrat.—La cuesta.—San Jerónimo.—El hombre, rey de la creación.

.
El tren paró en Monistrol apenas hubo salido de un túnel.

La estación se encuentra sobre una cuesta elevada.

Apenas traspuesta la estación, se ve una doble fila de ómnibus de la compañía de los ferrocarriles, y ligeras tartanas, dispuestos todos estos vehículos para conducir viajeros y peregrinos a Monserrat.

Llenáronse coches y tartanas en menos de media hora; y los robustos mulos que los arrastraban, comenzaron la marcha al sentir fustigados sus lomos.

El paso de los mulos es pausado y lento, para poder hacer fácil el zig-zás de la carretera,—que tal forma tiene, por la que se va de la esta-

ción al pueblo—y la cuesta de la estación, ora aparece á la izquierda, ora á la derecha y parece como un jugueteo aquel aparecer y desaparecer en uno y otro lado.

En el llano va la carretera paralela al Llobregat, que aquí se encuentra dando impulso á grandes fábricas de tejidos; y en lo más seco de su cauce le explotan el agua tardos ó rápidos molinos de viento que mueven sus aspas al compás é impulso del aire que sopla.

Llegados á Monistrol hay parada..... y *fonda*, en donde se toma algún refrigerio para llegar con fuerzas á la montaña.

Y desde este punto comienza la ascensión á la alta cuesta.

La carretera forma enorme zig-zás para hacerla accesible.

La cuesta se halla poblada de espesos montes y algunas vides, si bien abundan peñascos que sirven de doseles á la carretera, y amenazan sepultar, bajo sus pesadas moles, á los viajeros.

La ascensión es penosa, y el paisaje va cambiando por momentos.

Desde un poco antes del promedio, el Llobregat semeja una estrecha cinta de plata que rodea á los jardines y á las torres; cimas de cuevas por todos los lados y en sus faldas puntos menuditos, alrededor de un punto mayor y más saliente; que no otro aspecto presentan, desde nuestro movable observatorio, las viñas y casas que en las faldas de las cuevas se encuentran.

Después de hora y media de penosa ascen-

sión el carruaje para, ante una casita blanca; y allí se apean los viajeros para calmar su sed en la fuente de los Padres, que no es otra que un caño de hierro colocado sobre una pequeña roca por el que cae constantemente un chorro de agua clara, fresca y cristalina.

Pero, volvamos al coche, que ya nos espera. Desde él, no se distingue pueblo alguno, el Llobregat apenas si se nota y solo aparece ante nosotros, una larga fila de secas cimas de vecinas cuevas; y allá á lo lejos, cubierta de nieve y reverberando la luz del Sol, la cordillera Pirenáica, limite natural que nos separa de la vecina Francia.

.

Llegamos, por fin, á la ermita, que se presenta á nosotros, severa, recostada y oculta en las peñas y como si pretendiera esquivar la extraña mirada.

El templo es magnífico. Tres anchas naves conducen al altar mayor en donde está colocada la tan venerada Imagen.

Pero, para apreciarla mejor, es preciso subir al rico y lujoso camarín de la Virgen, de blanco y bruñido marmol, y de arquitectura gótica, esa arquitectura que embellece y agrada, conmueve y alegra.

Sobre una alta plataforma se encuentra la Virgen, que es para el catalán lo que la del Pilar al aragonés ó María Santísima al andaluz.

Tras de esta plataforma, hay dos escalerillas; y por la de la izquierda se sube, uno á uno, á adorar la imagen: bajando por la de la derecha

hallándose, al acabar de esta, un plato petitorio en el que los fieles, depositan sus limosnas, que nunca escasean.

Es la Virgen esbelta, de buena talla, de cara negra, como el niño, lo mismo que las manos, si bien el lado derecho, ha perdido ya su color; efecto, de los múltiples besos que en dicho lado han ido depositando los visitantes.

El manto que cubre á la imagen, es de raso blanco, con grandes y pesados bordados de oro que por sí solos constituyen una verdadera fortuna.

La corona es de maciza plata, con valiosas incrustaciones de finas piedras.

Las hermosas, si bien negras, caras de la Virgen y del niño, el lujo de sus vestidos, y camarín, que traen á las mientes el acendrado amor que se les profesa, el recogimiento con que todos los fieles suben á adorarles, el chisporroteo de las velas, son todas causas que mueven á prestarle humilde homenaje, y hacen penetrar la fé, en el corazón más escéptico.

Creo que el que visite á Cataluña y no visite á la Virgen, deja de ver lo más notable que el Principado encierra.

*
* *

Fuera de la iglesia se encuentra un patio en el que los RR. PP. Dominicos, cuidadores del monasterio, tienen dispuestos mil cuartos, para que el viajero encuentre gratuito asilo.

A la derecha del templo, y despues de haber subido una escalinata, se encuentra un bazar en

el que se expenden rosarios y medallas, *tocados* á la Virgen, y estampas y libros de Monserrat, etcétera, etc.; ello es, que allí encuentra cualquiera pretexto para gastarse unos cuantos billetes de á 25 pesetas, que enriquecen á los vendedores.

*
* *

La estancia, en Monserrat, es cómoda y económica; pues en un recinto que forman las peñas, y además de la iglesia, monasterio y dormitorios, hay una abastecida tienda de comestibles y un lujoso y bien servido restaurant.

Apenas abandonado el predicho circuito nos hallamos en una gran esplanada (que allí la montaña tiene), con multitud de peregrinos que á pie ó en pesados carros, á la cuesta han subido, y carecen de lo suficiente para pagar las 3 ó 4 pesetas, que cada comida cuesta en el restaurant.

Tras de una peña hacen fogatas, para condimentar las comidas con el calor que aquellas les prestan.

El sitio, rodeado de verdura, los carros que, no lejos, se ven, y el mullido y verde asiento, en que los peregrinos se sientan, hacen que al mirarlos nos parezca una caravana, haciendo alto en un oasis.

Los senderos pendientes y estrechos, adornados de robles y encinas, dan paso al viajero. La subida es, á las veces, penosa, otras, muy pocas, regular, y los guijos que de arriba se des-

prenden, ruedan y en los senderos paran, dificultan la marcha que estenúa al que asciende; que no deja de ver, á muy respetable altura el cortado pico, que termina en puntiaguda aguja; y abajo, hundiéndose á sus pies, las extensas cimas de la cordillera vecina.

Las cuevas de Galí, Santa Cecilia y otras varias, ahondadas en la dura peña, evocan ante el visitante, aquel haz interminable de leyendas, aquellas legendarias tradiciones de los nobles catalanes, que se refugiaron en Monserrat alrededor de su venerada Virgen, para huir de la saña de los árabes; y á modo de cuadros disolventes va presentando la imaginación, ora el tétrico miedo de las mujeres, ora el heroísmo de los caballeros, y el igual en todos y acendrado amor á aquella Imagen que prestaba consuelo y ánimo á todos los corazones.

A la vuelta, y ya en el llano estrecho, en que el monasterio se halla, no es difícil que algún *pagés* os salga al paso, diciéndoos:—*Senyor vó-leu'n borriquet.*

Os estrañará la oferta, pedireis explicaciones y en mal catalán, os dirá que, es por si quereis subir á San Jerónimo, el punto más elevado de la cuesta.

Esta ascensión es penosa, el sendero es estrecho y escabroso; y el *borriquet*, gracias á la costumbre, se agarra á la peña como la hiedra al árbol; y al cabo de una hora, se presenta á vuestra vista un llano como la palma de la mano, rodeado de fuerte baranda de hierro. En el centro, destácase la ermita de San Jerónimo.

Desde aquella hermosa azotea, en que el corazón palpita fuertemente, por la pequeña presión atmosférica, divisase hermoso panorama. Los pueblos aparecen como avellanas—como dijo Sancho, que en su imaginada ascensión sobre el Clavileño, les había visto;—á lo lejos, serpentean los blancos Pirineos y del otro lado, detácase la mancha azul del mar, que en manso beso toca al cielo;—ese cielo, que *ni es cielo ni es azul*, como dijo Argensola.

Parece que, el hombre está allí en su centro; todo desparramado y sumiso á sus pies; él presidiendo á todo, y esta idea que de pronto le asalta, parece como que le engríe; y, aquella vista prodúcele vértigo súbito, que le obliga á apartarse de aquel bello mirador.

III.

Algo sobre costumbres fabriles.—Remedio contra las huelgas.—*Filosofía económica*.—De Monistrol á Tarrasa.

—¿Vd., por lo visto, se propone conocer las costumbres catalanas?—Me decía, de vuelta de la montaña, un compañero de viaje, de simpática figura; persona bastante instruida, y director de una importante fábrica Tarrasense.

—No tanto;—le repliqué.—Y y si bien ese sería mi gusto, carezco del tiempo suficiente. En veinte días de que dispongo solo puedo conocer, á lo sumo, una sola parte y para eso, muy someramente.

—Es la verdad. No obstante, algo puede usted conocer, Si quiere seguir mi humilde consejo, circunscribese á visitar y conocer á Barcelona y los pueblos fabriles de más importancia.

—No es otro mi objeto.

—Precisamente hoy que es día de fiesta, verá usted desde el coche al pasar por Monistrol, algo de sus costumbres. Además, si mañana noche

se queda en Tarrasa presenciará la fiesta de San Roque. Y si quiere tener alguna noticia de costumbres fabriles, yo le pondré á Vd. al corriente de ellas.

—Es Vd. sumamente amable; por lo que no puedo menos de estarle agradecido, y desde ahora le escucho con religiosa atención.

—No es preciso tanta.

Todos los días de trabajo al abrir las fábricas, se encuentran á la puerta todos los empleados; desde el director al humilde obrero, y esto es así, porque si al cuarto de hora de comenzado el trabajo, no llegare alguno—siempre que no se lo impida causa justificante—es despedido de la fábrica.

El obrero durante la semana entera, no piensa más que en trabajar y el rato ó ratos que le quedan libres, empléalos en algún trabajo particular en su casa ó en dedicarlos á su mujer, é hijos, á quienes instruye y educa.

A pocos obreros se les encuentra en las horas no laborables en el café ó la taberna; y á casi ninguno, se le halla ébrio.

Apenas llega un domingo sale con su familia á respirar el aire dulce, libre y agradable del campo: y sepárase cuanto puede de la fábrica que, férreamente, le ha sujetado la semana entera.

Dos días de fiesta, seguidos, es la mayor alegría de cualquiera, y aún de mí mismo. ¡Dos días sin aspirar el pesado y caliginoso aire de la fábrica, para respirar á pulmón lleno en el campo!; es cosa que ni Vd. puede sentir ni yo expli-

car; pero apenas trascurren, todos volvemos á reanudar nuestras tareas con más fuerzas y vigor.

—Siguiendo esas costumbres—me atrevi á interrumpirle—no me explico cómo hay huelgas.

—¡Oh, amigo mio! Eso no se puede evitar. No crea Vd. que todos los obreros son amigos del trabajo; y si todos lo fueran otro gallo nos cantara.

Hay muchos, y en mi misma fábrica, que al verme á mí, ó á cualquier director de taller, reflexionan malamente; y se dicen, en su *fuero interno*:

—¡Oh injusticia humana! ¿Por qué ese hombre.....—ese *hombre* soy yo, por ejemplo—que no hace más que mirar á todos y vigilarles, y venir hacia mí, y decirme que me he descuidado al arreglar tal hilo; y al de allí, otra cosa, y reprender al de más allá, etc., ha de ganar muchísimo más que yo, que estoy trabajando la semana entera?

Y, tras de aquella reflexión, proclama la igualdad ante sus compañeros, de telares é *Internacional*; y como en teoría es tan bonita, y á todos gusta trabajar poco y ganar mucho, cooperan á su obra y originan las huelgas.

Si el obrero reflexionara y no se dejase influir de ciertas ideas, y comprendiese que quien al parecer trabaja menos, trabaja en otro orden mucho más; y ha trabajado para conseguir tales conocimientos, reinaría una paz Octaviana, y el orden más completo presidiría las fábricas.

—Tiene Vd. razón que le sobra.

—Pero ya hemos llegado á Monistrol.

Y así era en efecto. Desde el coche vimos á muchos obreros; todos con trajes de tricot ó paten, de correcto corte: sus camisas planchadas con mucho brillo y la cabeza cubierta con gorra de negra seda.

Las *noyas*, ostentaban sencillas y airosas faldas de percal; el cuerpo envuelto en blanco martiné, y la cabeza descubierta.

El piano de manubrio, algo destemplado, hace sonar un wals ó una polka, y las parejas estrechamente abrazadas, hacen rueda al compás de la música.

Verdaderamente, que las costumbres catalanas difieren mucho de las del resto de la Península.

Aquí no se escucha, la monótona muñeira de Galicia, ni la gaita alegre, y el estruendoso tamboril de Castilla, ni la melancólica guitarra que emite dulces sonidos al sentir sobre sus cuerdas, el golpe de unos dedos aragoneses ó andaluces; á los catalanes les ilumina el progreso, la última palabra sobre instrumentos es el piano, y al compás de sus dulces notas, bailan.

Los trajes, los bailes, y hasta su conversación, demuestran que en punto á civilización, van á la cabeza de los españoles.

Yo, mismo, he tenido ocasión de apreciarlo, comiendo en la fonda de Sabadell al lado de un tintorero. Su aspecto no era el de un hombre científico; vestía blusa, bombachos y bien planchada camisa; las tres prendas, azules; su tez morena, su bigote y pelo negros, y sus ojos vi-

visimos. Pues bien, aquel hombre hablaba de la ciencia química, como cualquier director de un laboratorio; y en su conversación, no había una frase mal sonante, ni una oración mal hecha.

Pero no divaguemos.

—Ahí tiene Vd.—prosiguió mi compañero de viaje.—Pues á pesar de estar todos tan animados, no irá ninguno, ébrio á su casa.

—No me diga Vd. eso porque me ruboriza.

—¿Por qué?

—Porque en Castilla, cualquier día, pero sobre todo los domingos, á ciertas horas de la noche, casi todos los transeuntes van haciendo *eses*.

—Si acaso duda V. de lo que le he dicho, iremos de Monistrol á Tarrasa en 3.^a y allí se convencerá. De fijo que serán compañeros de nuestro corto viaje gran número de obreros que vuelven del campo; obsérveles bien y verá cuán pocos vuelven *alcoholizados*.

Así lo hicimos. En nuestro wagón íbamos lo menos 70, en vez de los 60 que el reglamento ordena. La mayoría eran gente fabril que regresaban á Tarrasa y Sabadell. En el coche se oía el picaresco chiste; la graciosa sonrisa de alguna obrera catalana, que replegaba sus labios de rosa para enseñar dos blancas filas de menudos y apretados dientes. La alegría era mucha; la animación no tenía límite, pero los ojos estaban serenos, y nadie profería mal sonantes ni entrecortadas frases; todo, en fin, revevelaba que estaban las cabezas serenas y despejadas, y no domeñadas por la embriaguez.

IV.

TARRASA.

El círculo egarense —Explotación de sillas.—Cómo son las catalanas.—Tarrasa en lo urbano y en lo fabril.—La fiesta de San Roque.

Llegamos á Tarrasa en la noche del 15 de Agosto, y para ver la fiesta de San Roque era preciso permanecer allí todo el siguiente día.

Para distraerme me acompañó mi amable acompañante al círculo egarense, precioso edificio, con todas las comodidades y elegancia que la moda y el buen gusto requieren.

Componen este edificio, escalera de marmol, hermosa biblioteca, salón para invierno, salón para verano, en el que las mesas están entre jardines y parterres de aromosos perfumes, desde el que se pasa a un amplio jardín, en el centro, del cual y bajo un toldo de blanca lona, se celebraba aquella noche un baile.

El piano, dócil á las manos que oprimían sus teclas, emitía melodiosas notas, que en su conjunto originaban un wals ó alguna polka ó rigodón, á cuya suave cadencia y ritmo, movíanse las parejas.

El sitio, la música, el tener entre los brazos á la mujer hermosa, todo inducía al amor.

Y ya que tan propicia ocasión se presenta, diré algo de las catalanas.

En su vestir son sencillas al mismo tiempo que elegantes. Sus facciones, por lo general, correctas, los ojos rasgados, la boca pequeña, pobladas las cejas, corta la barba, y la expresión de la candidez é inocencia se nota en sus rostros.

*
..

El día 16, apenas abandoné el lecho, salí de mi hospedaje y me encaminé á la Iglesia.

El templo apenas si tiene nada digno de mención. Una nave central que conduce al altar mayor y á los lados de aquella se encuentran varias capillas.

Los bancos no se conocen, pero en cambio el templo está lleno de sillas de paja. Yo ocupé una, y apenas lo hice llegó una *buena mujer*, que en el mejor catalán me pidió 3 céntimos, estipendio de cada asiento. Y ahí tienen Vds. una nueva prueba del industrioso ingenio catalán, que lo mismo explota las sillas, en la casa del Señor; que el agua, que clara, fresca y pura, corre libre por una cuesta.

Frente de la Iglesia está el mercado y es de ver la animación que allí se nota, las frases ingeniosas que se oyen y el chiste no picante que se escucha.

Pasé un rato agradablemente entretenido, viendo las lindas caras de las muchachas, y á

decir verdad en ningún país he encontrado menos disparidad en fisonomías, y de vestidos; y si bellas me parecieron las *señoritas* no menos me lo parecieron todas las demás *noyas*. Respecto del vestido apenas si ahora se nota en ellas diferencia.

*
**

Tarrasa, como población, es bastante importante; y cuenta con 17.000 habitantes.

Las calles suelen ser rectas y limpias, pero casi todas están en cuesta. Sus edificios son buenos por lo general, y prueban claramente que allí se encierran respetables capitales.

En cuanto á sus fábricas de tejidos de lana, sabida es ya su importancia y lo prueban claramente, los nombres de los Sres. Alegre, Albi Agulló, Ballber, Bosch y García, Escudé y Gilbert, Marcet, Prat, Sala, Sucesor de Argemí, Trias, y los jóvenes y simpáticos hermanos Vallhonrat; que todos en union de otros más que existen, pero cuyos nombres no recuerdo, se esfuerzan, con resultados satisfactorios, por hacer desaparecer las añejas ideas de que España no cuenta con la industria suficiente para competir con la extranjera.

Eso que hoy falta ya, el invicto campeón y decano de los fabricantes, D. Ignacio Amat, que ha dejado el ruido de la fábrica por el reposo que le conviene á un viejo; pero que en su vida fabril fué reconocido en todas las exposiciones extranjeras como un verdadero adalid de la industria catalana.



Como quiera que aquel día estaban cerradas las fábricas por ser la festividad de San Roque, no me fué posible visitar ninguna, cosa que hice al siguiente día en Sabadell.

La noche, con su azul y agujereado manto; por cuyos agujeros, según decía el aspirante á astrónomo, se ve la luz del Sol; había sucedido al día.

La fiesta, de San Roque, comenzó en el barrio de este santo.

Todas las calles estaban iluminadas y adornadas. Su adorno consistía, en la colocación de cordeles paralelos, sujetos por cada extremo á cada una de las aceras de la calle, y á la altura de 3 metros. En estos cordeles, y en forma de diminutas banderas estaban pegados muchos papelillos de diversos colores, semejando un movable techo, en el que se hallaban todos los abigarrados colores del iris.

Los altarcitos se admiran y hallan de trecho en trecho; y en todos ellos, aparece un San Roque en lo más alto de la gradilla, repleta de luces y frescas flores.

Los pianos-manubrios están colocados de veinte en veinte metros, y á su alrededor bailan las parejas al compás de aquellas dulces notas.

Los curiosos abundan, la gente, toda, afluye á las calles en que se celebra la fiesta y la muchedumbre, casi, casi, impide el tránsito por las anchas calles.

En las casas de estas, la cerveza brinda á calmar la sed, y los ardientes labios, algunos de ellos secos por el calor de los besos.....

Todo es animación, todo es vida..... hasta las doce de la noche. A esta hora la calma sustituye al bullicio; y solo reina en las calles la obscuridad y el silencio.

Es que el día siguiente, es día laborable, y hay que ganar para el sustento de la familia.

V.

SABADELL.

El círculo sabadellés.—Una fábrica de tejidos de lana.—Las calles de los pueblos fabriles —De Sabadell á Barcelona.

Aún recordaba la sencilla, al par que animada, fiesta de Tarrasa, cuando despues de haber recorrido un corto trayecto en ferro-caril, llegué á Sabadell.

Esta población es mayor y más bonita que Tarrasa, y cuenta hasta 21.000 habitantes. Sentiría herir la susceptibilidad de los egarenses, pero que me perdonen en gracia, ó sin ella, de mi habitual franqueza.

En Sabadell, ya se puede pasear por la Rambla, que es, por decirlo así, como un boceto de la de la capital; la plaza es cuadrada y espaciosa y en ella se hiergue, joven y bello, el palacio del Ayuntamiento.

Los edificios son en su mayoría mejores y las calles más anchas y espaciosas.

El casino ó círculo es de firma bastante dis-

tinta al egarense; pero es mejor. En la planta baja, y á la izquierda, está el salón de lectura y la biblioteca; en los que se hallan bastantes revistas é ilustraciones catalanas y castellanas, y los principales periódicos de la Peninsula y el extranjero.

A la derecha del portal se encuentra un salón para tomar café, y de este salón se pasa á los billares.

En el piso principal, además de un hermoso salón de baile, alto de techo y lujosamente decorado, se halla una puerta por la que se pasa al teatro, pequeñito, pero elegante, y en el que suele actuar por el invierno alguna buena compañía.

El carácter de todos los sabadellenses, es agradable y simpático. Jamás oividaré la recepción tan amistosa como cordial que me dispensaron los Sres. Gorina, Turull, Molins, Baigual, Casanovas, Vila y Serra; todos ellos fabricantes que dan gran inputso á nuestra industria.

El Sr. Casanovas, me invitó á visitar su importante fábrica, y como, estaba deseoso de conocer el secreto de la fabricación, acepté gustoso tal ofrecimiento.

La fábrica se halla dentro de un espacioso edificio, cercado por un lado de ameno jardin y por el otro de un corral en el que se hallan los tendederos y depósitos de agua.

La máquina de vapor, (sistema Walt), de doble efecto, esto es, de doble cilindro, de fuerza de 80 caballos, recibe impulso, por el agua que pone en ebullición una caldera de fuerza de 100

caballos. Por si se inutiliza, ó para cuando sea preciso limpiar esta caldera, hay otra de la misma fuerza, dispuesta siempre á sustituirla.

El genio innovador y emprendedor de mi querido amigo, ha introducido en esta máquina todos los adelantos modernos, como son: el untador automático, regulador, sistema Corlio, y otros más ó menos importantes.

El rítmico y acompasado tracateo, se deja oír en la sección de hilados. Las dos hiladoras (cada una de las cuales tiene 750 púas) sistema *selfactings* y otra del antiguo sistema *mulgeny* hacen de la lana, finísimos hilos.

En esta sección vése también una máquina continua, para doblar, de 200 púas, en la que pueden hacerse doblados de hilos con nudos, y de otras clases por medio de juego de recambios, de que, la máquina, consta.

Un surtido (donde se carda la lana) está compuesto de una máquina diablo, que con sus largos clavos de hierro destroza la lana que por entre ellos va pasando.

Completan á esta máquina una emborradora, un repasadora y una carda ó mechera, y desde estas máquinas, pasa la lana en finos y suaves copos á las máquinas de hilar antes citadas.

Componen la sección de telares, 8 montados á cuerpo, sistema *sacquard*, y 8 montados con lisos y conocidos vulgarmente con el nombre de telares de peine.

En el pausado y cronométrico, subir y bajar de estos telares, dan los primeros los hilos independientes, los unos de los otros, si bien to-

dos ellos responden al dibujo marcado en cartones, que por cima del telar y por una púa van moviéndose; y en los segundos, los hilos, que durante el curso del dibujo tienen las mismas evoluciones, están pasados por un mismo peine, y por lo tanto, el dibujo en la máquina, se halla muy reducido, hasta el punto de que hay dibujos que teniendo 80 á 90 hilos de curso, se reducen en estos telares de 8 á 10 lo más, y aún algunas veces á 24 lisos, pero en pasando de este número ya es posible ponerle, y hay que acudir á los primeramente mencionados.

En esta sección, como en todas, hay aparatos supletorios; así, se ven: de recambio para los telares y otros utensilios, pesados para citarlos todos, como son máquinas para hacer canillas y mojarlas, peines sueltos, 8 lanzaderas por cada telar, etc., etc.

Y llegamos á la sección de aprestos. El ruido de los batanes que tanto aterró á nuestro valeroso D. Quijote y su escudero Sancho, aquí se siente y hace traer á las mientes aquella cómica aventura de los héroes de Cervantes.

En esta sección, 4 desengrasadoras, con una disolución de jabón común y sosa, limpian y quitan el aceite que los tejidos tienen; proviniendo de que es preciso untar la lana para poderla hilar, pues de otro modo sería imposible esta operación.

2 batanes hacen que la ropa tome más ó menos cuerpo, y á decir verdad, estos artefactos son tradicionales y como una muestra del tiempo pasado, pues hoy han caído muy en desuso.

En esta sección funcionan también tres perchas para levantar el pelo de las piezas; y se han ensayado las de púa metálica, en sustitución á las de púa vegetal; pero con tan mal resultado, que hubo necesidad de recurrir de nuevo al *cardón*.

4 tundidoras quitan el pelo que las perchas levantaron. 2 de aquellas son de sistema continuo ó longitudinal, porque cortan el pelo á lo largo y las otras dos transversales, que lo cortan al través, para que quede mejor rapado.

Hay además, en esta, tan importante fábrica, una máquina de cepillos, otra de ratinar y otra de picar las piezas; los tendedores correspondientes, en donde se ponen á secar las piezas; y peroles y utensilios necesarios para hacer el jabón *que desengrasa* el paño.

Además, dos grandes depósitos de agua para alimentar la máquina de vapor, así como para surtir de ella á la sección de aprestos, en la que se necesita en gran cantidad para la limpieza.

Aunque hemos visto pasar la lana por tantas operaciones, hasta salir convertida en fino paño, este aún no va al despacho, sino que antes pasa por las manos de mujeres que con finas pinzas, van quitándole las motas extrañas que á la lana y al dibujo, tenga.

Así se consigue la producción del paño en nuestra patria; llegándose á fabricar géneros que compiten con los del extranjero; y me atrevo á asegurar que algunos de ellos, son vendidos por franceses é ingleses, según las circunstancias; y

esto, es así, porque algunos creen que por ser español ha de ser malo.

El día en que todos conozcamos los adelantos de nuestra industria, la importación de tejidos de lana, decrecerá, seguramente, y nuestras fábricas trabajarán sin solución alguna de tiempo.

*
**

Las calles, en Sabadell y Tarrasa, como en todos los pueblos fabriles, están desiertas durante casi todas las horas del día; y solo cuando después de dada la hora suena el pito de vapor de las fábricas, bien para la entrada, bien para la salida de los operarios, es cuando las calles rebosan gente, y semejan el camino de algún repleto hormiguero.

Durante la noche, el silencio es casi sepulcral; cuando aquella avanza, solo transita el vigilante nocturno, y no se ven más luces que las de los faroles del gas, que rinden culto á la famélica Diana, que aparece majestuosa, rodeada de su séquito de estrellas, como dueña de aquel campo, límpido y claro.

*
**

El trayecto que media entre Sabadell y Barcelona, apenas si ofrece nada de particular. De Moncada á Barcelona, se divisan hermosas *torres* (nombre que en este país reciben los chalets) que son nidos de palomas, rodeados de jardines.

EN BARCELONA.

I.

Entrada en Barcelona.

La pesada serpiente de hierro iba acortando sus pasos y como replegando sus anillos. Las *torres* de Moncada, apenas se veían. A la izquierda se destacaban sobre lo alto de los edificios, las agujas de las veletas y de los para-rayos. Las altas chimeneas de las múltiples fábricas, se veían empenachadas con el negro humo que por ellas salía.

El tren, paró por completo, y todos los viajeros, nos abalanzamos á la puerta de salida, que semejaba una colmena; ya, fuera, las fondas en figura de algún contrahecho, ó jorobado, y pocos buenos mozos ofrecen hospedajes, hasta de á 4 pesetas.

—Caballero,—le dice á Vd. cualquiera de estos.—Fonda de España; se habla francés.

—Pues, que sea enhorabuena. También yo lo hablo, y á nadie se lo digo.

—¿Desea Vd. un hospedaje de á 4 pesetas?

— Si le es á Vd. lo mismo, deme las 4 pesetas, y quédese con el hospedaje. *Et sic de cæteris*, que dijo el latino.

*
*
*

La central ofrecia sus mullidos y módicos coches, y en uno de ellos tomé asiento.

A mi lado iba un caballero grueso, como un tonel de manteca de cerdo, catalán *pure-sang*; y muy amable por cierto.

A nuestra izquierda se elevaba un arco encarnado que parecia formado por dos enormes sacos de pimienta picante, unidos por encima.

—¿Es eso alguna muestra de alguna fábrica de cerámica? le pregunté á mi voluminoso *ad latere*

—No me falte Vd. Es el arco triunfal de nuestra exposición.

—Vd. dispense, pero parecen dos grandes pimientos morrones en estado de decadencia.

— Se lo perdono á Vd. porque es forastero, sino ya habria dado un beso al suelo.

Poco más tarde vimos el globo cautivo, y no pude menos de exclamar:

—¡Qué red le cubre! Más de cuatro pollitas la desearian para *pescar* marido.

—Pues yo,—dijo mi interlocutor— me dejaria coger en esa red, porque muy á gusto podria escaparme de sus mallas, que son crecidas.

Recorrimos la calle de la Princesa, adornada á uno y otro lado, con sue lujosas tiendas y es-

paciosos *mazgatzens*; atravesamos la cuadrada plaza del Angel, que desemboca en la calle de Jaime; calle que conduce á la hermosa plaza de la Constitución, en donde el Ayuntamiento, y la Diputación tienen su asiento; mejor dicho, su base; entramos en la calle de Fernando, que conduce á la rambla de Capuchinos.

Las anteriores calles y plazas, forman una hermosa y larga vía que desde la rambla al Paseo de la Industria se extiende; sus casas, en general, son edificios magníficos; sus tiendas, modelos de lujo y elegancia, y los bazares, allí establecidos, están tan bien surtidos como los mejores de Paris.

Cuando yo las visité, aún se hallaban sobre sus aceras, las múltiples lámparas de gas, que en blancas bombas encerradas, iluminaron estas calles, cuando la Reina Regente, visitó á Barcelona; y aún pude contemplar una noche, aquella espléndida iluminación.

II.

La rambla.

Todas las poblaciones, tienen *su algo*, que las distingue de las demás, y que es propio y exclusivo en ellas.

Este *algo*, se llama en Barcelona, la Rambla.

Mejor dicho las Ramblas; si bien, soy yo de los que creen que las Ramblas de Santa Mónica, San José, Estudios, de las Flores y Canaletas, son varias ramblas distintas y una sola verdadera, con las incrustaciones de la Plaza del Teatro y el llano de la boquería.

Ello es, que la Rambla, es un distintivo barcelonés. En su amplio paseo, al que prestan fresca sombra colosales plátanos, y en sus carreteras, una de cada lado del paseo; siempre hay animación, movimiento incesante, marejada de gente, tranvías que suben, rippers que bajan, coches, en una y otra dirección, un movimiento, en fin, que deja tamañito al de la Puerta del Sol de Madrid, y Vds. dispensen el modo de señalar.

Las casas y edificios son magníficos; y entre estos se cuentan, el Banco Catalán; los teatros, Liceo y Principal; y las Iglesias de San José y Nuestra Señora de Belén.

Los puestos de las flores, en la rambla, de *idem*, atraen, por la mañana, á los amantes de la Flora catalana, y de las chicas barcelonesas, á quienes tienen que obsequiar.

Los hermosos ramilletes que allí se expenden, de las flores que han vegetado en abundosos jardines que en la falda del Tibidabo se extienden, llaman la atención.

*
* *

A los lados del paseo de la Rambla, y de corto en corto trecho, hállanse enclavados kioskos, en donde los periódicos se exhiben, formando una caprichosa gruta de papel; y en el corto espacio que dejan, divisase el busto del encargado, á modo de un perro, que está en su perrera.

Los kioskos anunciantes también aparecen; Layana con sus papeles de fumar; los refrescos, y la sabrosa agua de Canaletas, tienen su representación en kioskos que semejan cenadores chinos, enclavados entre los árboles.

No me cansaba de pasear por aquel amplio paseo, y á las veces me acercaba á los lados, para ver como algún *pagés* abría la boca, viendo los chinos, que Bruno Cuadros, tiene pintados en la fachada de su casa.

La animación siempre, es constante; pocos

pasaban á paso de paseo, los más iban de prisa, y como preocupados por una idea..... estos eran los catalanes.

La incesante ola de gente, no daba reposo, á su continuado flujo y reflujo y prestando animación á aquel paseo que no he conseguido ver desierto, á pesar de haber pasado por él á las más altas horas de la noche.

III.

El Parque.

Yo, habia oido hablar incesantemente del Parque, y habia escuchado mil elogios en su favor, de parte de los catalanes.

—Aquello es la segunda edición del Paraiso, llegó á decirme uno, á quien le respondi:

—¿Con adanes, y todo?.....

—Imagínese Vd.—me decia otro, con *gotas* de andaluz—muchos árboles, grandes, hermosos y floridos, cuyas hojas, enhiestas, en sus tallos, sirven de liras y arpas que continuamente las besa el aire. Aquello parece un coro.....

—Si; de música celestial.

Pero, á decir verdad, es delicioso.

Los árboles están distribuidos en compactos grupos, separados de cuando en cuando, para formar dorados paseos; que con recodos y líneas rectas, limitan aquellos *frondos vistosos*, que dijo Zorrilla.

La suave brisa, ondula débilmente las hojas

suspensas en los tallos, y entona melódicos sonidos; la palmera, majestuosa, doblega y extiende sus anchos abanicos.....

La cascada; mole inmensa de tallada piedra, mezcla de la imitación á lo natural y á lo suntuoso, es en su aspecto exterior un inmenso palacio, en cuyo frontispicio y sobre el nacimiento del manso y azulado lago destácase un grupo de neréydas, grandes y suntuosas, como los ídolos de piedra del antiguo Egipto.....

Por amplias escaleras se sube al primer cuerpo en donde está el *acuarium*, espacio reducido formado de rústica piedra, que imita á las grutas naturales.

Grandes vidrios planos, forman un gran receptáculo, que lleno de agua, da cabida á multitud de peces, de variados tamaños y colores.

Por las estrechas rendijas, que la falta de cal, hizo en las piedras, entran pequeños rayos de luz, que descompone el agua, haciendo de aquel hilo luminoso, una sarta de topacios, amatistas, rubies y esmeraldas.....

El interior de la cascada, es una fresca gruta, en donde se oye el rítmico golpe, de la suave caída del agua.

.

En estos espaciosos jardines, es en donde estuvo instalada la con tanta justicia renombrada Exposición Universal, del pasado año, y de la que no me ocupo, porque sobre ella han escrito mejores plumas que la mía.

IV.

La Barceloneta.

Despues de haberse recreado el alma y la vista contemplando el monumento á Colón, justo tributo á aquel coloso, que descubrió la redondez de la tierra, á pesar del consejo de Salamanca y gracias á la magnánima Isabel, la reina héroe de nuestra historia, detengámonos un momento en la contemplación del muelle de Barcelona.

Allí, á la izquierda, buques mercantes, cuyos mástiles, palos mayores y jarcias sostienen escalas, y coloreadas banderolas, indicio de su nacionalidad; de frente, el mismo espectáculo, y á la derecha, algún buque de vapor, menos esbelto, es verdad, pero más rápido y seguro, y que revela el progreso incesante del hombre; tanto buque y navío le impiden á la vista, ver apenas el verdoso elemento, que allá á lo lejos, besa mansamente al azulado cielo.

Los vaporcitos, que en el muelle se hallan, ofrecen rápido y módico pasaje, para la Barceloneta y baños orientales; entremos, pues.



Los baños orientales, y los *occidentales* son barracones de madera, cubiertos por toldos de embreada tela, que se extienden paralelos á la playa.

El aspecto exterior de estas casetas, no crean mis lectores que es todo lo poético que de fijo habrán llegado á imaginarse: ¡de ninguna manera!

El color tierra del Sena cubre las fachadas; y dentro de las puertas y á modo de forin se ve un dios Neptuno ó una diosa Diana que tienen una pierna más larga que otra y un cuerpo nada bien hecho; se les ve señores de un azulado mar, con grandes olas de bermellón y albayalde:

*
*
*

Los baños de ola son, un espectáculo, en estremo agradable.

Por allí sale un señor que lleva el cuerpo rodeado por media docena de calabazas, y cuando se cree que va arrojarse al mar, á recibir la ola que en flujo y reflujo lame las arenas de la orilla, y les deja como recuerdo, algas y helechos, le vemos que se sienta en la blanda arena, y allí donde la espuma de la marea, pueda ensuciarle apenas su taparabos.

No pude menos de decirle á uno de estos individuos:

—Caballero, cuidado y calma, no sea que la arena le ahogue.

—Pierda Vd. cuidado—me replicó con suma sencillez—vengo bien preparado y creo que no me iré al fondo.

El barrio de la Barceloneta, es algo así como la calle Alta de Santander, que con su olor á brea y su mugre, nos ha pintado hermosamente, Pereda, en su *Sotileza*.

Las casas, altas, é iguales; las calles, no muy anchas, pero rectas; en los balcones los vestidos de mugrienta pana, del pescador, y los aparejos de pescar, y en toda la calle y todo el barrio, un olor, así como de salitre reconcentrado.

La altiva Barcelona, repele á la Barceloneta, y pone entre ambas las serenas aguas del Mediterráneo; y si bien se unen por un extremo, se separa de ella por la Aduana.....

Tal es el barrio habitado por los pescadores y marinos, gente ruda, y de color bronceado, avezados á los más rudos trabajos y que con sus redes y su barca, se creen más felices que Arnús que del otro lado del mar habita y puede bañarse en oro.

V.

La plaza de San Pedro.

—Esto, á lo que se ve—le decia á un amigo que á la sazón me acompañaba—pertenece á Barcelona antiguo. Y era porque entrábamos en la plaza de San Pedro, viniendo de la *Rech Condal*.

—Efectivamente,—me respondió.—Para comprobarlo basta fijarse en lo desnivelado de su suelo y las casas que la forman.

Así era, en efecto, porque tiene la forma de un triángulo, de poco espacio, y su suelo hacia una regular cuesta. Además, en el centro se veía una fuentecilla de piedra, que semejaba un mojón por lo baja y ancha.

Sus cuatro caños, uno en cada cara de la fuente, desaguaban en un reducido pilón.

—¡Qué fuente!—volví á decirle—cualquiera pueblecito, de mediana *desorganización municipal* se negaría, seguramente, á tenerla en su pueblo.

—Pues es un monumento.

—No blasfeme Vd.

—Acérquese y lo verá.

En efecto, en una de sus caras, se leía esta inscripción:

«A S. M. el rey Fernando VII que con mano generosa, dotó de agua á la ciudad, que tanto la necesitaba.

La junta agradecida le dedica este recuerdo »

—¡Es un sarcasmo!—exclamé—dedicar esta fuentecilla á un rey que necesitaba sábanas de Holanda, en vez de moqueros, para poder abarcarse las narices.

—¡Y tan ancho que se quedaria el buen don Fernando!

—¡Y tan largo..... de narices.

—Ahí tiene Vd. una prueba más de nuestro progreso. Antes bastaba esto para lisonjear á todo un monarca absoluto, y hoy para recordar la memoria de un hombre ingenioso que se ha sabido ganar una fortuna inmensa, se necesitan muchos miles de duros y muchos metros de tallada piedra.

—A la verdad, que el que quiera aprender una lección práctica de lo que Vd. dice, no tiene que hacer más que visitar á Barcelona.

De un extremo á otro, hay intervalos de siglos enteros; la parte antigua, formada por calles estrechas, algunas, que ni siquiera tienen un metro de anchura; las casas sucias, y ruinosas, el empedrado desnivelado, incrustado de baches, y los monumentos, si es que se encuentra alguno, sencillo, pequeño, muestra efímera de la gratitud.

En cambio el resto sorprendente y cautiva, calles anchísimas, en las que tienen holgadamente asiento dos filas de robustos árboles, las casas, palacios; en el suelo, en vez de adoquines duros y desnivelados, apretados tarugos de madera; medios de locomoción al alcance de todas las fortunas; el contraste, en fin, más acabado y perfecto.....

—A dónde va Vd. á parar. Ni que estuviera pronunciando un discurso en el Congreso.

—Tiene Vd. razón; pero déjeme Vd. decir si quiera *¡cossi va il mondo!*

VI.

Opera por dos reales.

Barcelona es una ciudad industrial y económica por excelencia.

Prueba de ello, es que allí, hay ópera á dos reales, en el teatro del Tivoli.

Y no crean Vds. que se está mal en este teatro.

¡Quiá! cada espectador ocupa su silla, bien es verdad que esta suele estar rota ó desvencijada; pero al fin y al cabo es silla, desde donde domina perfectamente el escenario.

La silla, está, un si es no al fresco, de modo que proporcionan fresco y todo.

No tardando mucho, puede que den también á los espectadores, chocolate con tostada inclusive.

Lo único que el teatro tiene de raro es que hay en él gallinero.

Pero el gallinero está en el escenario.

Porque el cantante que más y el que menos sale á media docena de gallos diarios; digo, nocturnos.

Es decir, casi todos, porque hay honrosas excepciones; ahí están la contralto y la tiple que no me dejarán feo.

(¡Que me han de dejar, si hace mucho tiempo que lo soy!)

Pero, en cambio, habia un tenor que parecia un clarinete, tocado por un aprendiz.

Y gracias á que el público barcelonés se hace cargo de las circunstancias, y al oír un gallo, se ríe, lo mismo que podría silbarle, ó mandarle al corral, ó comérsele con arroz.

Y es lo que decia un espectador que estaba á mi lado.

—¿A dónde va Vd. que gaste menos? Ello es malo, pero oímos música y tomamos el fresco.

¡Ah! La *Lucrecia Borgia*, la representaban en cinco actos, porque como el escenario era pequeñito no se podía hacer en él mutación alguna.

—¿Qué es esto?—decia un *auditor*, y no de guerra.—Cuando yo ví por primera vez la *Lucrecia*, hace cinco años, no tenia más que 4 actos.

—Bien—le repliqué yo,—es que entonces era más chiquita. Pero, de entonces acá, ha crecido.

—Vamos, sí, como se crecen algunos cantantes con voz de gorrión *virgen*.

VII.

La Universidad.

Mi respetado y querido amigo Sr. Planas y Font, me invitó á visitar la Universidad, de la que es Secretario general.

Acepté aquel ofrecimiento, tan galante como inmerecido; y acompañado de mi buen amigo, visitamos aquel establecimiento, hogar de la ciencia.

En su aspecto exterior, es un edificio de piedra que parece recién colocada, como que data su fundación del reinado de Isabel II.

La fachada en sí no tiene nada de particular. Componen el interior: dos patios, en los que se ven hermosos jardines, con la Flora semi-tropical de Cataluña; á los lados de estos patios se encuentran claustros, en los que están las cátedras.

A la derecha del portal se ve una escalera, anchísima, de marmol, que los catalanes llaman

scala real: por ella se sube al paraninfo, precioso rectángulo, de marmol, adornado con varios cuadros, pintados por catalanes, y sobre la cornisa superior están escritos los nombres de los más ilustres catalanes.

La biblioteca la forman tres compartimientos espaciosos llenos de estantes, en los que se hallan colocados 14.000 volúmenes. Allí el sabio, y el amigo de la ciencia, y la literatura, encuentran grato solaz, que les prestan aquellas páginas impresas, rancias las más y como desatiando el tiempo pasado; mostrando la ciencia en sus comienzos, los errores del pasado y el saber de hombres preclaros, que dejaron gratisimo y sabio recuerdo á las generaciones siguientes.

El gabinete de Física y el de Historia Natural son también dignos de encomio; y este último, más que gabinete, es un verdadero museo zoológico.

Es, en fin, la Universidad de Barcelona, una de las mejores de España, y en sus aulas reciben instrucción muchísimos alumnos, ávidos de saber y profundizar en la ciencia que les enseñan sus tan reputados maestros, entre los que se encuentra el sabio civilista Sr. Durán y Bás, que sin duda alguna es el mejor maestro de España y el que mejor conoce nuestra historia jurídica y nuestro derecho. Sin duda alguna, por esto, ha aconsejado el concienzudo estudio de la historia de nuestro derecho, antes de formar el código que hoy nos rige; pues este habia de resultar deficiente sin aquel preliminar, y bien de cerca lo hemos tocado.

Deficiencias, de forma sin duda alguna, pues si alguna hay de fondo es aquella por la que el pueblo catalán, amante de su derecho y libertades, ha hecho la oportuna y pública protesta.

VIII.

La España Industrial.

Es, á no dudarlo, una de las sociedades anónimas que más han trabajado por la industria española, confirmando su título de esta manera-

Buscando la economía en las primeras materias (base de ulteriores productos) está instalada esta hermosa fábrica en el inmediato pueblo de Sans, pueblo que en realidad es un arrabal de la populosa Barcelona, de la que, como Gracia, San Gervasio y otros pueblos, es una continuación.

El tranvía que sale de la plaza de San Agustín nos conduce por la carretera de Bardeta, punto de unión de la capital con el pueblo, hasta muy cerca de la España Industrial.

Compónese esta fábrica de un magnífico edificio de grandes dimensiones, en el que están instalados los telares, las hilanderas y las máquinas de estampados que ocupan toda la planta baja.

En otros edificios inmediatos están instalados

los almacenes de drogas, de algodón y de tejidos elaborados, dispuestos para la venta.

Y por último, un hermoso palacio que sirve de habitación al Director de la fábrica, el joven D. Matías Muntadas, hombre de muchísimo saber, como lo prueba el alto cargo que está desempeñando.

Todos estos edificios, rodeados de jardines, se encuentran dentro de altas tapias decorativas que rodean aquel grandísimo espacio.

En la época en que yo visité tan importante fábrica, daba lástima verla. Las altas chimeneas de vapor no estaban empenachadas de negro humo, el ruido que se percibía cerca de la fábrica era sordo y lento, no estruendoso y atronador como requiere aquel inmenso edificio y como le producen en su rápido movimiento los volantes de vapor, que en aquella época estaban parados; parados, sí, porque habían corrido mucho, y los compradores españoles habían corrido más á buscar tejidos de algodón á Inglaterra.....

Solo funcionaban á la sazón la sección de estampados, sección en extremo curiosa para todos los que desconocen los secretos de la fabricación.

En grandes cilindros estaban fijas finas planchas de bronce, esmeradamente grabadas, con los dibujos más nuevos y variados.

Sobre el cilindro depositábanse los colores que aquel iba dejando, cuidadosamente distribuidos, sobre el tejido que oprimía por un momento.

El resto de la fábrica no quise visitarlo. Creo

y creeré firmemente que una fábrica en inacción, cuyos volantes y correas en su vertiginoso andar, no amenacen cogeros, y os obliguen á andar cautelosamente; es como una belleza muerta que pierde todos los atractivos de la vida.

Los almacenes de la fábrica estaban llenos y aguardando fuertes demandas que aligerasen las existencias y obligaran á tomar á la fábrica su aspecto risueño y animado.

La instalación de la España Industrial en la Exposición era un gran pabellón, formado de telas hechas en la fábrica, tales como percales de variadisimos dibujos, percalinas, pañuelos estampados de vivos colores y otras muchas telas de algodón.

IX.

Movimiento intelectual

Los catalanes reconocen que la verdadera base del trabajo y el ahorro es la educación, y asunto es este al que dedican su atención preferentemente, como lo prueban los muchísimos centros de enseñanza aquí instalados, de los que no describo á mis lectores más que la Universidad; porque á decir verdad, este es el de atención más preferente y el mejor sin duda alguna.

No obstante, les daré una idea de los centros de enseñanza que en Barcelona existen.

El Municipio costea y sostiene 20 escuelas de 1.^a enseñanza para niños, 17 para niñas y 11 para párvulos, y una academia de música, instalada en la calle de Lladó. Todos estos establecimientos están bien regidos y arreglados.

Hay además 18 colegios particulares con clases de segunda enseñanza.

A más de estos elementales, el Instituto provincial, la Escuela de Arquitectura, la de Ingenieros industriales, la de Artes y oficios, la de Náutica, Bellas Artes, y de ciegos y sordo-mudos,

el Colegio de Medicina y Cirugía y el Seminario Conciliar.

La ciencia, en sus distintos aspectos, tiene sus academias y colegios, y lo prueba claramente la Real Academia de Ciencias Naturales, la de Medicina y Cirugía, la de Jurisprudencia y Legislación, la Academia paleográfica, la Societat Catalanista d'excursiones científicas. etc., etc. Y las letras y bellas artes tienen su representación en la Real Academia de Buenas letras, el Ateneo Barcelonés y la Academia de Bellas Artes.

Por esta breve reseña fácil es comprender que la ilustración en Cataluña corre parejas con su amor al trabajo; porque aquí todos se reúnen en liceos y academias, lo mismo los banqueros que los obreros; si bien es verdad que los centros de reunión son distintos, y todos llenan satisfactoriamente las necesidades de sus socios.

A más de la enseñanza que se recibe en los liceos, la prensa está dignamente representada por los diarios *La Prensa*, *El Correo Catalán*, *La Renaixensa*, *El Diluvio*, *La Nación*, *La Vanguardia*, *El Monitor*, *El Diario Mercantil*, *El Barcelonés*, *El Suplemento*, *La Dinastía*, *La Correspondencia Catalana*, *El Noticiero Universal* y el *Diario de Barcelona*; y entre las Revistas profesionales é ilustraciones merecen citarse: *La Ilustración Artística* y el *Salón de la Moda*, *La Gaceta Médica Catalana*, *El Porvenir de la Industria*, *L'echo français*, *La Gaceta Universal* y el *Entreacto*, *El Boletín Farmacéutico*, *La Crónica Científica*, *La Ilustración Ibérica*, *La Ilustración*, *La Revista del Instituto agrícola catalán*

de San Isidro, El Sastre, La Zapateria Europea, Le bon ton, La Mode française, cuyos títulos indican bien á las claras sus aspiraciones y los fines que persiguen. Pero la más original de las revistas es la *Luz del Porvenir*, redactada por señoras, al frente de las que se halla Doña Amalia Domingo Soler; revista dedicada á explorar el porvenir del bello sexo.

La musa festiva y juguetona de los catalanes aparece en los periódicos ilustrados: *La Campana de Gracia, La esquella de la torr-díxa* y la *Tomasa*, escritos todos en catalán, y entre los que en castellano se escriben merecen atención *La Semana Cómica, Barcelona Cómica* y *El Nuevo Intermedio*.

Este artículo, casi estadístico, prueba patentemente que el movimiento intelectual va á la zaga del industrial, que como ya hemos dicho en varios artículos de esta obra, deseáramos para el resto de nuestra querida España,

X.

El tranvia de vapor.

El día de nuestra marcha se acercaba; y antes de dejar á la bella Barcelona, para mí de tan gratos recuerdos, resolví hacer un viajecito por Gracia, San Gervasio y Sarriá, que me habían recomendado.

Al efecto, me encaminé á la plaza de Cataluña, en donde se halla la estación del ferrocarril económico á Sarriá, que si hoy es incómodo, y nada digno de Barcelona, es en cambio el primer ferrocarril que se estableció en España y váyase lo uno por lo otro.

Mediante módico estipendio tomé asiento en un wagón, en donde iban muchas vecinas de los pueblos que recorría en su corto trayecto.

A los pocos minutos llegamos á Gracia, y á decir verdad, que el mejor observador no sabría apreciar dónde acaba Barcelona y empieza Gracia; las calles de la populosa ciudad se internan en el inmediato pueblo; las construcciones son iguales, y nada, en fin, puede marcar diferencias entre la capital del antiguo Principado y el pueblecito de 20.000 almas que junto á ella se halla.

Lo mismo me ocurrió al entrar en San Gervasio, si bien al acabar de este pueblo y comenzar la montaña de Tibi-dabo, se ven las hermosas terres (que no son sino hotelitos en los que preside el buen gusto y elegancia) en donde las personas *pudientes* de Barcelona pasan el verano.

Llegamos por fin á Sarriá, y nuestra primera visita fué para el *Parque de la montaña*, que está situado en la falda del citado Tibi-dabo, y que es un remedo ó parodia del hermoso Parque de Barcelona.

Es el Tibi-dabo una montañita no muy elevada, en donde la temperatura no llega nunca á los grados de calor que en la ciudad vecina.

Sus faldas están pobladas de pintorescas torres, rodeadas de parterres y jardines, en los que aparece en toda su lozania la hermosa flora catalana. Aquí es donde se cultivan las fragantes flores, encanto de la Rambla del mismo nombre, y que con tanto afán se disputan por la mañana todos los paseantes de la Rambla.

Agradable y amena por demás es la carretera que conduce, por la cuesta, de Sarriá á San Gervasio. A ambos lados se ven las simétricas tapias de piedra que rematan en verjas de hierro, al través de las que se ven los jardines y torres antes citados.

Ni Biarritz, ni San Juan de Luz, puntos en donde nuestros elegantes se gastan alegremente el dinero para distraerse en el verano, presentan un sitio tan hermoso, fresco y ameno como lo es el Tibi-dabo.

Al finalizar de esta carretera, que mide poco más de un kilómetro, se llega á la plaza de Bonanova, en donde está la iglesia erigida á la Virgen del mismo nombre, y que se venera muchísimo por todos aquellos lugares.

Su sala de ex-votos está cuajada de piernas, brazos, pechos y cabezas de cera, que muestran otros tantos amantes y adoradores de la sagrada Imagen. Las paredes de esta sala se ven ocupadas por cuadros que representan, ora un naufragio, ora una lancha, cuyos remeros están próximos á perecer, y que se salvaron por la invocación á la Virgen.

De Bonanova se pasa á San Gervasio, que ofrece el mismo pintoresco aspecto de jardines y torres que la falda del Tibi-dabo, y de San Gervasio se pasa á Gracia.

Lo más notable de este punto es la Caja de ahorros de los obreros, hermoso y esbelto palacio, edificado con los ahorros de los obreros catalanes.

Y ya que tan oportuna ocasión se presenta, hablemos algo del obrero catalán. A diferencia del obrero de Castilla, que gasta alegremente el domingo lo que ha ganado con el sudor de la semana entera, el catalán lleva á la Caja lo que le sobra de lo que destina á la manutención de la familia; y poco á poco va formando un capital que le mantiene en la vejez ó en las crisis que atraviesa.

La diferencia entre uno y otro obrero es grande, y esta diferencia reconoce su origen en la educación; pues al paso que el castellano no

se instruye, ó si lo hace es deficientemente, el catalán, por el contrario, recibe saludable educación, lee por la noche su periódico, se solaza en su modesto círculo ó centro, y de este modo evita el pernicioso influjo de la taberna.

Visitado, ya, Gracia, es preciso volver á Barcelona, cosa que hicimos,

XI.

En tranvía de tracción animal.

Desde nuestro mullido y económico asiento vemos al salir de Gracia el edificio en el que está instalada la tan notable imprenta de los sucesores de Ramirez, que es un verdadero palacio, dentro del que están reunidos todos los modernos adelantos tipo y lito-gráficos.

Nada más de particular se halla en nuestro trayecto, hasta la entrada de Barcelona.

Aquí, atravesamos la calle de Aragón, edificada á bastantes metros de altura sobre el antiguo Barcelona, y es un punto en donde por las noches se contempla el bello espectáculo de ver pasar el tren de Francia á 20 metros bajo nuestros pies.

De la calle de Aragón se pasa al paseo de Gracia, y de este á la plaza de Cataluña, pasando por cerca del arco edificado para la Exposición y que con mucha oportunidad se le ha llamado el arco de los pellejos, y no otro aspecto presenta, por lo churrigueresco de su gusto; pues su fachada la componen trozos de

papel del color del curtido, semejando caprichosas ondas, que nada tienen de artísticas.

Entra el tranvía en la Puerta del Angel y de aquí pasa á la plaza de Santa Ana, calle y plaza en donde están instalados preciosos establecimientos, adornados con el gusto más fino y elegante.

XII.

Conclusión.

Hé ahí descrita á la ligera Barcelona, la ciudad populosa y activa por excelencia, el albergue de la civilización española y el baluarte de nuestras glorias industriales.

En esta población solo anima á sus habitantes una idea ¡EL TRABAJO! la misión para la que el hombre ha nacido; y todos se aunan y esfuerzan por cumplir su misión.

El respeto mutuo allí reina; el capitalista sabe que no puede vivir sin el obrero, y este que su existencia está en relación con la de aquel, y uno y otro procuran al mutuo respeto y á que sus relaciones no se hallen nunca interrumpidas.

Ya en otro lugar de este libro dejo expuesto que también aquí se subleva, á las veces, el trabajo al capital, y allí también expusimos el por qué de tales sublevaciones. Ahora solo me resta añadir que esas protestas son pocas, y que una de las causas principales es la crisis en que algunas veces se ha visto sumida la actividad fabril.

Por lo demás, la calma es completa, la vida

cómoda y económica, las distracciones bastantes, y el trabajo superior á todo.

Si la actividad é ilustración catalanas, presidieran en la nación entera, y fueran su único ideal, España, la nación preponderante en otro tiempo, renaceria á su vida de gloria y de esplendor.

Ya sé yo que esto que digo no les gustará mucho á ciertos madrileños, que creen que Madrid es la ciudad por excelencia; pero ante la evidencia de los hechos deben posponerse las parcialidades de región.

Así lo reconocemos y nos congratulamos en hacerlo público.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	
PRÓLOGO.. . . .	5
A BARCELONA.	
I.—Entrada en Cataluña.—Algo sobre el carácter catalán.— <i>Manresa</i> .— <i>El rio Llobregat</i> .— <i>Montserrat</i> á lo lejos.—Superstición catalana.	9
II.— <i>Monistrol</i> .—Ascensión á <i>Monserrat</i> .—El viaje.— <i>El monasterio</i> .— <i>La Virgen de Monserrat</i> — <i>La cuesta</i> .— <i>San Jerónimo</i> .—El hombre, rey de la creación.	15
III.—Algo sobre costumbres fabriles.—Remedio contra las huelgas. <i>Filosofía económica</i> .—De <i>Monistrol</i> á <i>Tarrasa</i>	23
IV.— <i>TARRASA</i> .—El círculo egarense.—Explotación de sillas.—Cómo son las catalanas.— <i>Tarrasa</i> en lo urbano y en lo fabril.— <i>La fiesta de San Roque</i>	29
V.— <i>SABADELL</i> .—El círculo <i>sabadellés</i> .—Una fábrica de tejidos de lana.—Las calles en los pueblos fabriles.—De <i>Sabadell</i> á <i>Barcelona</i>	35
EN BARCELONA.	
I.—Entrada en <i>Barcelona</i>	41
II.— <i>La rambla</i>	45
III.— <i>El Parque</i>	49
IV.— <i>La Barceloneta</i>	51
V.— <i>La plaza de San Pedro</i>	55
VI.— <i>Opera por dos reales</i>	59
VII.— <i>La Universidad</i>	61
VIII.— <i>La España Industrial</i>	65
IX.— <i>Movimiento intelectual</i>	69
X.— <i>En tranvía de vapor</i>	73
XI.— <i>En id. de tracción animal</i>	77
XII.— <i>Conclusión</i>	79
NOTA.	81

NOTA.

Los artículos precedentes fueron publicados, en LA CRÓNICA MERCANTIL, diario de Valladolid, desde el 24 de Agosto al 4 de Septiembre de 1889, y á ello obedecen, las líneas con que encabeza el prólogo de esta obra el ilustrado director de aquel periódico.

J. H. H.
20000

339







